

formar en el suelo del patio manchas brillantes.

Entreabrí la puerta discretamente. Ah! la misma sala que recorrí tantas veces de niño y de joven, olorosa a cedro con sus grandes bancos de madera su arcón y su mesa fabricados por mi abuelo. Sobre la mesa una pequeña lámpara de sombra blanca que llevaba por todos lados su luz suave y amorosa. Al mirar aquella lámpara y la luz apacible que proyectaba, pensé en una amable anciana de cabellos blancos que lo fuera tocando todo con sus manos pálidas de abuelita cariñosa.

Una tosecilla discreta atrajo mi mirada hacia un rincón de la sala. Ah! Pero si allí estaba la anciana que creara mi imaginación al mirar la lámpara que iluminaba la habitación con su brillo níveo. Sentada en una silla baja, una viejecita encorvada, blanca toda ella, cabellera blanca, el rostro y las manos de una palidez de luna, envuelta en un ropón claro, desmotaba algodón. Era una escena blanca: nunca había visto nada igual a aquella anciana tan blanca que desmotaba su copo de algodón tan blanco a la blanca luz de la humilde lámpara.

Me pareció soñar. El olor a cedro que me era muy familiar, seguía flotando en la sala tan querida y tanto tiempo olvidada.

Una niña entró por una puerta inte-

rior. Era un lindo pajarillo que se acercó brincando a la anciana.

—Tía Lucía, quiero el cuento de *la cucarachita mandinga*.

La pequeña se acurrucó a los pies de la blanca viejecilla.

«Pues bien, había una vez una cucarachita mandinga que estaba bariendo la puerta de su casita y se encontró *un cinco*.»

Así comenzó la voz de la anciana, voz temblorosa y apagada, pero que a mí me recordó otra voz de seda, juvenil y fresca, que un día deshojando por mí una margarita, decía: «Volverá, no volverá»...

No se habían dado cuenta de mi presencia. Cerré con precaución y me alejé lentamente.

A lo lejos, desde una eminencia, volví la cabeza y pude ver todavía la luz apacible que salía por las ventanas y que alumbraba lo que restaba de aquello que una vez fué blanca ilusión de mi vida.

Después he sabido que Lucía nunca quiso casarse. Ella es la abuelita de los nietos de su hermano que la adoran.

Ahora uno de mis placeres es cerrar los ojos y soñar con la blanca viejecilla.

Así terminó el señor B. de contarme la historia de su más temprano y dulce amor.

Carmen Lira

Noviembre de 1913.

De la Educación

51.—Cada carácter pide determinada moralidad, a cada hombre le conviene determinada disciplina, el vicio de uno es la virtud de otro. Según esto, el problema de la educación del niño debe descomponerse en tantos problemas como tipos de niño se consideren.

El placer del niño, merece en general mucho respeto, aun en el caso de que ese placer acompañe a actividades que nos disgustan, como sucede con el instinto de destrucción. El verda-

dero educador tiene que ser un altísimo espíritu, capaz de simpatizar con los más opuestos caracteres. Debe ser capaz de alterar su ideal para adaptarlo a las diferentes naturalezas. Si el altruismo de mi hijo sobrepasa su resistencia o poder vital, me guardo bien de fomentarlo. El educador debe colocarse en la posición de su discípulo y desde allí apreciar lo que su discípulo necesita. De lo contrario, diremos con Emerson: «*aquello que no llamamos*